SIN PASAPORTE

¡Cuándo habrá una policía que proteja, que dé refugio, que ponga á salvo á todos los infelices, vengan de donde vengan, vagabundos, fugitivos, víctimas, delincuentes!...

Son dos extranjeros, dos hombres, astrosos, derrotados... parece que van á la huída, perseguidos.,. ¡cazados por un fatalismo cruel!...

Su aspecto de desdichados ha llamado la atención... una atención hostil... Las buenas

gentes observan su estado deplorable, su desorientación sombría, y los miran recelosas, desconfiadas, ¡agresivamente!...

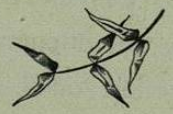
A impulsos de un piadoso instinto de conservación, alguien ha hecho reparar á la policía en la mala catadura de aquellos vagabundos que, por su presencia de miserables muertos de fatiga, de hambre y de frío, merecen seguramente todo el rigor de la Ley.

Y los agentes de policía, después de haber interrogado á los dos extranjeros con una brutalidad digna del encomio de los que se desvelan por el orden social, los han detenido por indocumentados, y los han conducido al depósito como á peligrosos malhechores...

Entre tanto, por la anchurosa calle han desfilado los dichosos, envueltos en pieles y sedas, hartos y satisfechos, tranquilos, en una venturosa paz... bañados voluptuosamente, como en tibio sol, en las miradas de ge-

neral complacencia que les echaban las buenas gentes, cándidas, sencillas, ¡y nadie les ha pedido el pasaporte!

. . . . . .



LOS CUCHILLOS

Habían ganado el pan *con el sudor de su rostro,* y por eso comían los descargadores del muelle.

Era medio día, comían sentados en el suelo, puestos al sol, con sus mujeres, con algún pequeñín... Comían vorazmente la escasa ración... Trabajaron mucho, eso sí, pero comían poco; es la lógica de los racionales. Entre los brutos, no: el que da mayor zarpada, más engulle. ¡Lástima que los humanos no seamos más brutos!...